

15 | 16 = H = 54

El Decálogo, el Evangelio, los dogmas, la moral de Cristo y el derecho natural, eso es lo permanente en la filosofía y en la doctrina revelada por el Divino Mensaje, cuya manifestación más ostensible es la caridad: "En eso os conocerán", dijo Jesús a sus discípulos de Emaus: "En que os améis los unos a los otros".

Lo demás, lo que es adaptación al medio ambiente, a las necesidades humanas, al progreso social, a los problemas del día, a las costumbres, hábitos, modas y dolores de los hombres, es cambiante por su propia naturaleza.

"LA CROIX", del 25 de Febrero, publica la carta de un sacerdote de Bilbao, reproducida en "DOCUMENTATION CATHOLIQUE" del 21 de Marzo, en la que envía un saludo emocionado a los curas-obreros. "Sólo Dios sabe -reza la carta-, cuánto se les ama por aquí, con qué admiración se les ha seguido, paso a paso, y cuánto es el bien que ellos han hecho entre nosotros, entre aquel clero nuestro que participa de las mismas inquietudes misioneras. En el momento en que han sido adoptadas las decisiones eclesiásticas, que ni por un instante hemos pensado en discutir, fuimos afligidos por la terrible prueba a la cual iban a ser sometidos nuestros amados hermanos. Nuestro corazón angustiado nos impelía a dudar de si todos, entre aquellos, tendrán la fuerza del heroísmo sobrehumano que exigen de ellos las medidas en cuestión. Queremos pedirles públicamente perdón por haber dudado. Estamos seguros de que, después de habernos dado sublimes lecciones de espíritu sacerdotal y caridad evangélica, sabrán darnos, también, esta lección, aún más grandiosa, de obediencia heroica".

El sacerdote de Bilbao prosigue su carta planteando en ella, en paralelo con el problema ya enunciado de los curas-obreros,

el de la situación cambiante de las formas externas del ejercicio de la caridad evangélica, aludiendo a la diferencia existente entre la Iglesia que al Norte de los Pirineos cubre puesto de vanguardia, mientras al Sur continúa ligada a fórmulas arcaicas y depasadas, como si tales fórmulas fueran esenciales, siendo, como son, por su propia naturaleza, mudables y cambiantes.

"Queremos decir (a los curas obreros) -añadex el sacerdote vasco-, que sentimos la necesidad de su obediencia, la cual nos hace mucha falta a nosotros mismos, en la porción de Iglesia a la que vivimos adscritos, que es reciamente fiel, cierto, pero que es, también, excesivamente ligada a formas antiguas y demasiado desconfiada en lo que concierne al trabajo de nuestros hermanos del otro lado de los Pirineos. Eran numerosos los augures de aquí que predecían un fin desastroso de la experiencia de los curas-obreros, en los que presentían los gérmenes de la herejía y del cisma. ¡Por las entrañas de Cristo, no les déis la razón, ni aún en apariencia, para que ellos no nos abrumen bajo el peso de su inercia infinita!... Querriamos suplicaros, puestos de rodillas delante de vosotros y de vuestro esfuerzo misional, que nos déis a todos el ejemplo y la lección de vuestra obediencia..."

Acaba de salir de las cajas "La Teología católica en el siglo XX", libro del que es autor el canónigo Rogert Aubert, profesor de la Universidad de Lovaina, después de haberlo sido del Seminario de Malinas. En la monumental Historia de la Iglesia comenzada bajo la dirección de los señores Fiche y Martín y continuada por Duroselle, es autor afortunado del libro reservado a Pío IX. El texto que acaba de ser editado, estudia el renacimiento bíblico, litúrgico y patrístico, que su autor denomina de adaptación del pensamiento religioso al mundo moderno, con sus reacciones de existencialismo y ecumenismo. Tras los trabajos de la escuela alemana y de los Benedictinos belgas dom Columba Marmion y dom Lambert Beauduin, el texto hace resaltar que es, en

definitiva, la teología francesa la que marca el guión del progreso, que es difícil encontrar mejorado en la historia de la Iglesia. En el dominio de la crítica bíblica se ha establecido un gran avance con la Escuela de Jerusalén y la Universidad de Lovaina, pudiendo mencionarse, entre sus gestores, al Padre Lagrange, Steinmann, Cerfeux, Spick, Bouyer, de Lubac, Vaux, Auvray, Benoit, de Menasque, el canónigo Ostu, et cétera. Sobre el Plan litúrgico, el canónigo Martimort, el Centro de los Dominicos, la colección Lex Orandi y los trabajos del Padre Bouyer establecen una marca no superada. En los estudios paprísticos ha de ser reconocido el soberano esfuerzo de los Padres de Lubac y Danielou.

Aparte los avances realizados sobre estas ramas generales de la teología, pueden mencionarse otros nombres y más concretas actividades. El Padre Teilhard de Chardin ha marcado claramente el intento de integrar la idea de la evolución de las especies en la teología tradicional. El Padre Congar, en su Teología de los laicos, devuelve a éstos una parte de lo que fué su misión en la Iglesia primitiva: ellos son la Iglesia, acaba de afirmar Pío XII. El Padre Danielou, en su Teología de la Historia, estudia la voz de la Providencia en el curso de los hechos históricos, como San Agustín en La Ciudad de Dios. Maritain, Gilson, Marrou, son nombres cuyo mero enunciado significa ya el de una disciplina a la que han rendido la obra de su esfuerzo, imprimiéndole carácter innegable. Es, pues, bien acertada la observación que hace el sacerdote vasco en "LA CROIX" y "DOCUMENTATION CATHOLIQUE", de los avances verificados en la crítica teológica al Norte de los Pirineos, que importantes rangos de la Iglesia española, encuadrados en moldes arcaicos y caducos, con frecuencia desconocen cuando denuncian como heréticos o cismáticos.

El Ministro de Educación del Gobierno franquista, señor Ruiz Jiménez, rodeado de Prelados al cerrar las fiestas centenarias del gran misionero de nuestra raza, decía en Xabier, sin ambages ni rodeos, que

el catolicismo español se asienta en los bordes de la Inquisición, mientras que el extranjero ronda la herejía. Y el Cardenal Primado no ha llamado la atención al Ministro por esas manifestaciones que publicó toda la prensa diaria de España, como se la llamó por organizar el recuerdo oficial de don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, con motivo de celebrar el cuarto centenario de la misma.

El esfuerzo realizado por los sacerdotes-obreros, al que se refiere el cura vasco de "LA CROIX", es verdaderamente admirable. Han llevado el Mensaje evangélico a los hombres indiferentes y aún hostiles al cristianismo. Y nos han dado a todos -creyentes o agnósticos-, un ejemplo que, a buen seguro, repercutirá en un futuro próximo. Esperamos que, a ese ejemplo ofrecido con su labor, añadan el sacrificio de la obediencia que de ellos han demandado sus Prelados y al que se refiere, con tan emocionadas expresiones, el sacerdote bilbaíno. Mas existe un dato, poco conocido, para acreditar el clima de preocupación religiosa y misionera que alienta al Norte de los Pirineos. Es el de que, junto a los sacerdotes-obreros, hay también pastores-obreros, menos numerosos que aquéllos pero que actúan en París, la Banlieu, el Este y el Norte de Francia, después de la experiencia vivida en 1925 por Arnold Bremond, el cual, en cuanto salió de la Facultad de Teología de París, se hizo obrero en Ivry.

Y no es preciso acudir a la misión obrera específica para poner de manifiesto lo acertado de la observación del sacerdote vasco. En el gran anfiteatro de la Sorbona ha tenido lugar el Congreso nacional de la Unión femenina cívica y social, que ha reunido, durante tres días, a varios cientos de delegadas. Una voz de sacerdote, plenamente autorizada, se levantó para felicitar al Congreso por sus actividades sociales, "cuya doctrina -afirmó-, se halla en acuerdo con la doctrina de la Iglesia". A buen seguro que los principios del Congreso -unidad de los sexos, derechos del hombre, feminismo político y social-, hubieran sido motejados, al Sur de los Pirineos, al menos de sospechosos. En París, merecieron elogio y solidaridad de labios del Cardenal Feltrin.

X X X

Acaban ustedes de escuchar la lectura del artículo titulado "LO PERMANENTE Y LO CAMBIANTE", del que es autor nuestro colaborador Manuel de Irujo.